

**Domingo XI del TO
Ciclo B**



16 de junio de 2024

Ez 17, 22-24

Sal 91

2Cor 5, 6-10

Mc 4, 26-34

P. Eduardo Suanzes, msps

El Evangelio de hoy nos habla del Reino de Dios con dos parábolas. En la primera se compara al Reino con una semilla bajo tierra; se habla de dos procesos: el de la semilla y el de la tierra. Lógicamente, la semilla es la palabra/mensaje de Jesús, la tierra es el corazón del ser humano que no pone obstáculos a recibir la semilla. El «foco» de la parábola no se dirige tanto hacia el sembrador que siembra, sino hacia la semilla que queda oculta en la tierra y a la tierra misma.

La actividad en la parábola la tiene la semilla/mensaje, pero también la tierra. Esto muestra que hombre y mensaje se van identificando y que el mensaje lleva al hombre a desarrollar sus potencialidades. En cada tierra, es decir, en cada individuo, la asimilación del mensaje es un proceso íntimo y personal en el que nadie puede intervenir. Y esta asimilación del mensaje produce una transformación: el hombre hace fructificar el mensaje y entra en actividad por su contacto con él. El mensaje/semilla actúa como catalizador de las potencialidades humanas y, de hecho, el fruto se atribuye al hombre/tierra. La fuerza vital contenida en el mensaje es actualizada por la fecundidad del hombre mismo. **No hay excepciones: en contacto con esta semilla, la tierra buena fructifica siempre.** Esto muestra que **el hombre y el mensaje están hechos el uno para el otro**, que existe una connaturalidad entre ambos y que, si no se encuentran, ambos quedan frustrados.

La parábola describe, pues, el mismo proceso desde dos puntos de vista, el de la semilla y el de la tierra: el mensaje penetra en el hombre, la respuesta de éste produce el fruto. **El mensaje es palabra que el hombre traduce en hecho.**

La segunda parábola compara el Reino con un arbusto en un huerto. La pequeña semilla, ínfima, evoluciona, crece y se convierte en una gran planta, incluso en un árbol, capaz de acoger a las aves del cielo. El «foco» de la parábola estaría entre lo pequeño de los comienzos y lo grande del final. Así sería con el reinado de Dios que simboliza la naciente comunidad cristiana: empieza siendo algo insignificante en apariencia, pero va a ir creciendo imparablemente hasta llegar a su plenitud, capaz de albergar a todos los hombres de la tierra (imagen de las aves del cielo).

No obstante, en esta parábola hay elementos que pueden enriquecer esta visión. Porque la mostaza tiene otra connotación más provocativa y más chocante. La mostaza tenía virtudes culinarias o médicas, pero lo que más destaca en ella es su pertinacia u obstinación una vez arraigada en un terreno, de la que es difícil eliminar. La mostaza silvestre, además, era considerada desde tiempos inmemoriales como una «mala hierba» que «infesta los campos de grano». La tendencia de esta planta a mezclarse con otras es una de sus características más peligrosas.

Según esto, la cuestión no es, por tanto, que la mostaza sea muy pequeña en su origen y luego se convierta en un arbusto de más de metro y medio de altura, sino que se trata de una planta que suele crecer donde no debe, que tiende a criarse de forma totalmente incontrolada, y que suele atraer a los pájaros a los terrenos de cultivo, donde precisamente no son nunca bien recibidos.

Aquí podemos ver ya un elemento chocante, paradójico y contracultural, utilizado por Jesús para llamar la atención de sus oyentes y para abrirles a realidades más profundas. Un campesino galileo que oyerá comparar al Reino de Dios con la incordiante y peligrosa mostaza, sin duda se extrañaría y prestaría atención a ver en qué terminaba esa historia que comenzaba tan loca e ilógicamente.

Lo chocante es que Jesús empieza a hablar del reinado de Dios relacionándolo con el mundo de la inconveniencia, y con una planta que puede ir contra los intereses de lo establecido como «lo correcto» o «lo justo». Es como si Dios irrumpiera con su amor para desbaratar los planes del hombre para mostrar una nueva forma de vivir-ser.

La mostaza como planta incordiante, con peligrosa capacidad de propagación, es una buena imagen de este «dar la vuelta» a las cosas que a los ojos-mentes de los hombres se tienen por inamovibles, pero que no se sostienen desde lo que Dios es. Por ello, el Reino anunciado por Jesús fue visto como una amenaza para todo el sistema, y los dirigentes del mismo decidieron acabar drásticamente con el sembrador de esa «mostaza» que alteraba sus controlados campos de dominio. Y lo mismo hicieron después otros dirigentes con discípulos de Jesús que, como él, sembraban en sus respectivos campos de dominio mediterráneo las peligrosas semillas de un Dios que es-reina en el amor indiscriminado, equitativo y de servicio hacia los más débiles. Todo lo contrario a sus sistemas de dominio.

La visión que del reinado de Dios da esta parábola indica algo muy pequeño que acontece en un ámbito próximo, cotidiano. Pero ese acontecer es paradójico, no es como se espera. No parte de un suceso «grande», sino de algo casi imperceptible, como es una semilla echada en un huerto. Tampoco ocurre según los cánones clásicos, que pintarían una acción directa de Dios consagrando a su enviado, sino de una situación anómala, marginal, que roza lo inconveniente.

¿Qué relación tiene todo esto con lo que sabemos de Jesús? La primera coherencia es que Jesús era, de hecho, un personaje marginal, inconveniente, incluso tachado de endemoniado, un sin-vergüenza que no se atenía a las normas estrictas de la Ley, sino que iba más allá de ellas. Los que le daban su adhesión, sus discípulos itinerantes e incluso sedentarios, también entrarían dentro de ese ámbito de la marginalidad, de la inconveniencia. El constante contacto con pecadores públicos, con impuros, con «no justos», situó, sin duda, a Jesús y su movimiento en ese lugar tan sospechoso. A los ojos bien-mirantes de los detentadores del control, Jesús y su grupo serían un incordio, algo molesto, cuestionador, algo «fuera de lugar». Aquí es donde encaja la imagen comparativa de esta parábola.